

**Re
con
figuraciones
materiales
de la imagen
de Chávez**

Renato Bermúdez Dini

Tras la muerte de Hugo Chávez, Nicolás Maduro ascendió a la presidencia de Venezuela como su heredero político. Desde entonces, en sus discursos Maduro se nombra a sí mismo como heredero de Chávez, así como éste se nombraba como hijo de Bolívar y se le llegó a considerar “el Libertador del siglo XXI”.



En su primera campaña presidencial, justo unas semanas después de la muerte de su antecesor, la propaganda que circulaba no tenía el rostro de Maduro como candidato sino el del mismísimo Chávez, acompañado del eslogan “Chávez, lo juro, mi voto es pa’ Maduro”. Durante sus primeros años de gobierno, la figura de Chávez se transfiguró a través de la de Maduro para continuar gobernando y sosteniendo la mirada sobre el horizonte político de la Venezuela actual. Partiendo de esta singular relación entre ambos personajes –y tomando en cuenta la variedad de reapropiaciones por las que ha pasado de forma tanto oficial como popular la imagen de Chávez– en este ensayo visual utilizo la categoría conceptual de *figura* para interrogar las operaciones políticas de la imagen desde sus condiciones materiales de producción, reproducción y circulación, apelando a la idea de la *re-con-figuración* para ahondar en los distintos procesos, cambios, ordenamientos y disposiciones que supone una figura en su puesta en tensión de la imagen con la representación.

¿Qué pueden decirnos las re-con-figuraciones de la imagen de Chávez a través de la de Maduro respecto a una filosofía política de las imágenes que tome en cuenta tanto sus discursividades como sus materialidades? ¿Interrogar las desfiguraciones y reconfiguraciones de una figura –en tanto que mediación entre la materia de la imagen y aquello a lo que alude– permitiría identificar otras operaciones para el ejercicio político que supone la imagen más allá de la lógica de la representación? Para ahondar en estas interrogantes propongo retomar el trabajo de Georges Didi-Huberman sobre la figura, la figuración y lo infigurable como base conceptual para analizar el caso venezolano y desde donde proponer una relación distinta con las ambigüedades de las imágenes.



El 8 de diciembre de 2012, Chávez aparecería por última vez en cadena nacional de televisión, cuando anunciaba que volvería a viajar a Cuba para someterse a otra intervención quirúrgica por el cáncer que se le había detectado un par de años antes. Previendo que por cualquier motivo no pudiera retomar el poder, en ese momento aseguró que su “voluntad firme, plena como la luna lleva, irrevocable, absoluta, total” era que el pueblo escogiera a Nicolás Maduro como su sucesor. Chávez, en efecto, no retomó el poder y Maduro quedó como presidente encargado hasta su elección oficial en abril de 2013, pocas semanas tras de la muerte de Chávez. Unos meses después, a punto de conmemorarse un año de esa última aparición pública del exmandatario, Maduro declaró el 8 de diciembre como el Día de la Lealtad y el Amor al Comandante Hugo Chávez y a la Patria, por decreto presidencial.¹ Desde entonces comenzaron a circular imágenes que retomaban el rostro de Chávez, pero no de esa última aparición, sino de una de sus primeras: un primer plano del líder, vestido de militar, con boina roja, mirada severa y entrecejo fruncido, que data del 4 de febrero de 1992, cuando declaró ante medios públicos haber comandado un intento de golpe de Estado, que resultó fallido. Según sus palabras, los objetivos no habían sido alcanzados “por ahora”, así que pedía a sus

¹ Decreto Presidencial número 541, resolución establecida en la Gaceta Oficial número 40.286 del lunes 4 de noviembre de 2013.

seguidores deponer las armas y detener el conflicto. Su derrota duraría poco, puesto que seis años después, en 1999, llegaría a la presidencia por la vía del voto popular, abriendo un ciclo de gobierno que finalizaría indirectamente ese 8 de diciembre de 2012, cuando su imagen pública entraba en suspenso y abría paso al ascenso de Maduro.



Desde ese momento, aquel “por ahora” se convertiría en un “para siempre”, consigna que acompañaría los carteles oficiales que conmemoran el mencionado Día de la Lealtad y el Amor al Comandante Hugo Chávez y a la Patria.



Tras aquel acto de unción en televisión nacional, Maduro ya contaba con cierto poder que le había sido heredado, casi por acto de magia, en aquella sentencia plena como la luna llena. Sin embargo, la campaña política para la transición de Chávez a Maduro fue verdaderamente el primer momento de transfiguración de uno a otro.



En las pancartas oficiales para llamar al voto por el partido oficialista, el candidato que figuraba en la imagen no era Maduro, sino el mismísimo Chávez. El eslogan, a su vez, no convocaba a la lealtad hacia Maduro, sino que interpela a la memoria de Chávez como la promesa de la continuidad del poder: “Chávez, lo juro, mi voto es pa’ Maduro” o “Maduro, desde mi corazón”, acompañado del rostro o la silueta del expresidente. En la papeleta oficial para la votación, junto al rostro del candidato vuelve a aparecer Chávez, esta vez solo sus ojos, vacíos, que desplazan la mirada de sí hacia su heredero.





El ciclo que se abre después de la muerte de Chávez y la llegada de Maduro a la presidencia en las elecciones de 2013 muestra claramente la forma en la que la imagen del “comandante supremo” fue un elemento fundamental para mantener estabilizado el poder político en un momento crítico de la Revolución Bolivariana, cuando perdía a su fundador y máximo líder. Como si fuera un fantasma, Chávez se aparecía una y otra vez en todos los escenarios oficiales de gobierno, rematando la puesta en acto del poder y acompañando la figura de Maduro: rodeándola, bordeándola, circunscribiéndola.





Me interesa interrogar esa forma en la que la imagen de Chávez parece contornear la de Maduro, política y visualmente, porque en ese mecanismo de configuración es donde considero que se juega la potencia de las imágenes para incidir en la realidad. Si bien es cierto que Maduro, como sucesor de Chávez, ha contado con todas las plataformas oficiales del gobierno y con distintas instituciones para preservar el poder, mi argumento es que también las imágenes han contribuido a ese particular ensamblaje político, produciendo las condiciones de posibilidad para la articulación de un régimen sensible que aparentara la estabilidad del poder. He ahí la importancia de la noción de figura en este análisis: de lo que se trata es de interrogar cómo las figuras de Chávez y Maduro se han puesto en relación a través de sus imágenes para controlar no solo un poder que se despliega en las condiciones institucionales de la política, sino también un poder que articula un régimen sensible, un sistema de apariencias, de formas de aparecer y, también, de hacer desaparecer, de controlar la diferencia y el disenso por medio de la repetición obstinada de lo mismo, de la misma imagen, de la misma figura.



A fuerza de repetirse, las figuras de Chávez y Maduro colapsan y se (con)funden.

La figura podría entenderse como una especie de límite, o más precisamente como una delimitación, como la línea o el contorno que contiene una forma, una imagen, un cuerpo, una cosa. La figura, en ese sentido, no es más que la “composición de las superficies”², es la configuración sensible de esa capa del mundo a la que podemos acceder a simple vista. Por el modo en que la figura pone en tensión las superficies sensibles para producir contornos, para encuadrarlas, para delinearlas, podría concebirse como una suerte de *mediación*, es decir, una manera de producir relaciones, de vincular. La noción de “figurar”, en tanto que verbo, revela precisamente no solo la capacidad de representar (literalmente de *dar figura*) sino también la pertenencia a un lugar y un momento específicos, la puesta en relación de varias situaciones, como cuando se dice “tal o cual cosa figura *entre* ese grupo de otras cosas”. Así, por figura se entiende aquí no tanto a lo que contornea sino, especialmente, a la relación con el fondo desde donde se destaca esa figura, las condiciones materiales y las relaciones de su aparecer. “La noción de figura es la que nos permite establecer un vínculo entre dos acontecimientos, dos temporalidades. Figura, entonces, no es una ‘cosa’, sino una forma de establecer conexiones significativas entre diferentes cosas.”³

² Goerges Didi-Huberman, *Fra Angelico. Dissemblance & Figuration* (Chicago; Londres: University of Chicago Press, 1995), 43.

³ Didi-Huberman, *Fra Angelico*, 58.



La cualidad relacional de la figura supone un reto para su definición, puesto que no es atrapable en un único sentido. Aunque entre sus funciones está la posibilidad de contornear, de definir y delinear, ella misma es indelineable conceptualmente, su contorno no es preciso porque se suspende entre espacios y momentos diversos para poder ser reconocible. “La figura está siempre entre dos cosas, dos universos, dos temporalidades, dos modos de significación”.⁴ Hay, pues, en las imágenes entre Chávez y Maduro un tipo de figura que supone un problema conceptual y también, por ende, político, porque insiste en querer producir un único sentido, una única forma sensible. En su superposición, las imágenes de Chávez y Maduro reiteran una y otra vez la misma configuración para articular un orden social y estético controlable. Pero en esa insistencia se quiebra la posibilidad crítica de la figura. En tanto que apariencia o aspecto siempre relacional, la figura no tiene por qué someterse a la semejanza, a lo idéntico, sino que puede siempre producir una fuga de sentidos ya que no se mantiene en un único lugar de una única forma: la figura siempre es un desvío, un desplazamiento. En suma, la operación de toda figura en realidad es “transponer el sentido a otra figura”.⁵ Al contrario de esto, en las imágenes de Chávez y Maduro vemos una configuración que se

⁴ Didi-Huberman, *Fra Angelico*, 59.

⁵ Didi-Huberman, *Fra Angelico*, 121.

dobra sobre sí misma, autorreferencial, que lleva la figura de Chávez una y otra vez de vuelta a sí, solo que trasfigurada a través de otro aspecto. En una imagen de una alocución televisiva de Maduro se le puede ver desabrochándose la camisa para revelar una playera en la que destacan al centro los ojos de Chávez. Es una imagen que sella la fusión entre ambos en una misma cosa y cancela, por ende, esa apertura a la que debería llevar la figura en su “difracción del significado, su perpetuo desplazamiento”.⁶

¿Qué nos dicen, entonces, estas imágenes de la política venezolana sobre el papel de la figura como concepto para interrogar los mecanismos de las formas de representación? Mi impresión es que en dichas imágenes se revela que la figura no puede ser sometida a una única forma de figurar, de dar forma, de mostrar, de hacer aparecer, porque “presentar la figura de algo (...) no consiste en presentar el aspecto de esa cosa; al contrario, significa darle un aspecto diferente, cambiar (...) su visibilidad, introducir heterogeneidad, alteridad. En una palabra, figurar una cosa es significarla de otro modo”.⁷

¿Acaso necesitamos otro tipo de figuras? Quizá debamos pensar en figuras críticas, figuras en crisis, figuras que fisuren la representación, figuras que alberguen, contra intuitivamente, el poder de lo infigurable, de lo que no se deja atrapar por un único contorno.

Una figura crítica sería aquella que “lleva en sí lo infigurable, o más bien, una figura que se sale de sí misma, que se retira de la semejanza, que vacía de sí cualquier lugar que pueda ser aprehendido como significación unívoca.”⁸

Una figura crítica introduce la crisis en los mecanismos de la semejanza. Una figura crítica tensiona la figuración, imposibilita la clausura del sentido, resiste a su delimitación precisa. En la figura crítica (y en la crítica a la figura) se abren las vías para que la figuración (como operación significante, tanto sensible como políticamente) se disemine y sea ya imposible de delimitar, de configurar. Una figura crítica está arrojada a la incertidumbre, es errante: tanto porque circula y deambula sin un único rumbo como porque alberga la posibilidad del error, del desliz, de la falla de la representación.

⁶ Didi-Huberman, *Fra Angelico*, 122.

⁷ Didi-Huberman, *Fra Angelico*, 121.

⁸ Didi-Huberman, *Fra Angelico*, 52.



A más de diez años de la muerte de Chávez, su larga sombra parece actualmente estar desapareciendo: sus ojos ya no figuran en la esfera pública con la misma fuerza con la que lo hicieron justo en el ascenso de Maduro; los murales con sus rostros se han despintado, si se les puede seguir viendo es solo decolorados por el Sol y roídos por el paso del tiempo; sus retratos oficiales ya no ocupan las grandes pantallas y carteles, ni rematan los edificios oficiales. Sin embargo, la clausura de sentido a la que contribuyeron se mantiene intacta. La incidencia de dichas imágenes en el ensamblaje político de la Venezuela contemporánea sigue vigente: en su reiteración casi obsesiva, las imágenes de Chávez y sus transfiguraciones han articulado un régimen sensible polarizado a favor o en contra de su proyecto político, e incluso tras su desaparición, tanto física como simbólica, las fuerzas del chavismo siguen operando del mismo modo vertical y autoritario que dictaron esas imágenes y esas miradas severas que de ellas emanaban.

A más de diez años de la muerte de Chávez, se hace más evidente que nunca que necesitamos otras imágenes y otras figuras para pensar (en) el escenario de la política venezolana contemporánea. Necesitamos figuras que no se pretendan eternas sino que se sepan quebradizas, reconfigurables, abiertas al debate, la polémica, la confrontación y las diferencias. Necesitamos un tipo de figura entre la que figuren muchas figuras.



Necesitamos, como ha sugerido Georges Didi-Huberman, que “lo infigurable entre en la figura”.⁹

⁹ Didi-Huberman, *Fra Angelico*, 52.